

Marcelo Gullo

LE PAN TO

Cuando España
salvó a Europa


ESPASA

MARCELO GULLO OMODEO

LEPANTO

Cuando España salvó a Europa



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con ellos a través de la web www.cedro.org o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imágenes de interior y del encarte: © Universal Images Group/Album; © Pictures From History/Akg-images/Album; © Akg-images/Album; © Alamy/Album; © Oronoz/Album; © Album; © Erich Lessing/Album; © Prisma/Album; © Gilles Mermet/Album; © BNE; © Musei di Genoa; © Adem Altan/AFP/Getty Images; © Jeff Christensen/Reuters/ContactoPhoto; © François-Régis Salefran/Wikimedia; © Central Press/Hulton Archive/Getty Images; © Joseph Eid/AFP; © Fine Art Images/Album; © Gilles Mermet; © Shutterstock; © Bridgeman Images/Album; © Bdingman/Dreamstime; © Jeff Christensen/Reuters/ContactoPhoto; Archivo personal del autor

Mapas: Jesús Sanz

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Marcelo Gullo Omodeo, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.480-2025

ISBN: 978-84-670-7873-2

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain – Impreso en España



ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	15
1. LA PRIMERA INVASIÓN ISLÁMICA	25
La conquista del mundo grecorromano	27
Después de la conquista, la opresión	36
La invasión de España	44
La fallida conquista de Francia	50
La ocupación de Sicilia y los innumerables ataques a Italia	56
<i>La fragmentación de Italia</i>	56
2. LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA	65
La noche que anunció la catástrofe	65
El inconmensurable ejército otomano invasor	69
Un insignificante ejército cristiano para defender la Nueva Roma	72
Los cañones turcos contra las murallas de Constantinopla	77
El último día del Imperio romano de Oriente	79
Dos imperios, dos destinos	84
3. EL IMPERIO OTOMANO Y SU SUEÑO: LA CONQUISTA DE EUROPA	91
La leyenda de la loba Asena	91

Los turcos selyúcidas	92
Los turcos otomanos	94
<i>El sueño de Otmán</i>	95
Las cimitarras otomanas a la conquista de un imperio ..	98
De Constantinopla a Viena	106
<i>La expansión otomana con Selim I</i>	106
<i>Solimán el Magnífico y el asedio de Viena</i>	110
4. HACIA ROMA A LAS ÓRDENES DE SOLIMÁN EL MAGNÍFICO	117
Los piratas berberiscos y la guerra de desgaste contra España e Italia	117
<i>Los Barbarroja</i>	117
<i>La conquista de Argel</i>	121
<i>El fracaso español en la reconquista de Argel (1541)</i>	125
<i>La expansión turca por el Mediterráneo</i>	127
El gran triunfo de Solimán el Magnífico	131
El mayor imperio esclavista de la historia de la humanidad	134
5. ESPAÑA TOMA LA INICIATIVA EN LA LUCHA CONTRA EL TURCO	147
La revancha de Constantinopla	147
<i>La conquista de Granada</i>	147
<i>Acciones españolas en el norte de África</i>	151
Cuando España rescató a Malta de las garras del imperialismo otomano	156
<i>Los heroicos defensores: la Orden de Malta</i>	162
Juan de Austria: un héroe para una cruzada	165
<i>Don Juan, símbolo del caballero español</i>	168
La defensa de San Telmo	174
6. LOS PROLEGÓMENOS DE LEPANTO	179
Pío V, un papa santo	179
<i>Un cónclave complicado: la elección de Pío V</i>	182
<i>La formación de la Liga Santa</i>	185

La rebelión de los moriscos: la sublevación de la «quinta columna» turca	187
<i>Los moriscos negocian con el Imperio turco</i>	188
<i>Juan de Austria entra en acción: la derrota de los moriscos</i>	193
El asalto turco a Chipre	198
<i>La importancia estratégica de la isla</i>	198
<i>La conquista de Nicosia y Famagusta</i>	202
<i>El triunfo de la propaganda otomana</i>	211
7. RUMBO A LEPANTO, RUMBO A LA GLORIA	215
«Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan...»: Juan de Austria, al frente de la Liga Santa	215
Juan de Austria, un príncipe con deseos de gloria	222
La Real, un símbolo de la cultura grecorromana católica	225
Camino a Sicilia	229
Llegada de las galeras de la Liga Santa al puerto de Mesina	233
Esos «infiernos flotantes» llamados galeras	237
Guerreros, pecadores y hombres de fe	240
Los graves problemas de la flota veneciana	246
Navegando hacia la gloria	248
8. EMPIEZA LA BATALLA	257
Esas eternas horas antes del combate: los preparativos .	257
<i>El choque de las dos armadas</i>	265
Cuando el mar se tiñó de rojo	270
Pánico y festejos por la victoria cristiana en Lepanto	279
¿Batalla decisiva o combate intrascendente?	288
El significado profundo de la batalla que salvó a Europa ..	291
9. LEPANTO, LA BATALLA INACABADA	299
La amnesia de Europa	299
La recuperación de la memoria histórica y la hipótesis de la tercera invasión	306

La respuesta del pensamiento progresista: evitar una lectura apocalíptica de la realidad	316
La inmigración masiva es fomentada por los «señores de las finanzas»	317
La opinión de señalados líderes musulmanes	319
CONCLUSIÓN. DE LEPANTO A LA INVASIÓN SILENCIOSA	323
AGRADECIMIENTOS	337
NOTAS	339
BIBLIOGRAFÍA	395
ÍNDICE ONOMÁSTICO	409

1

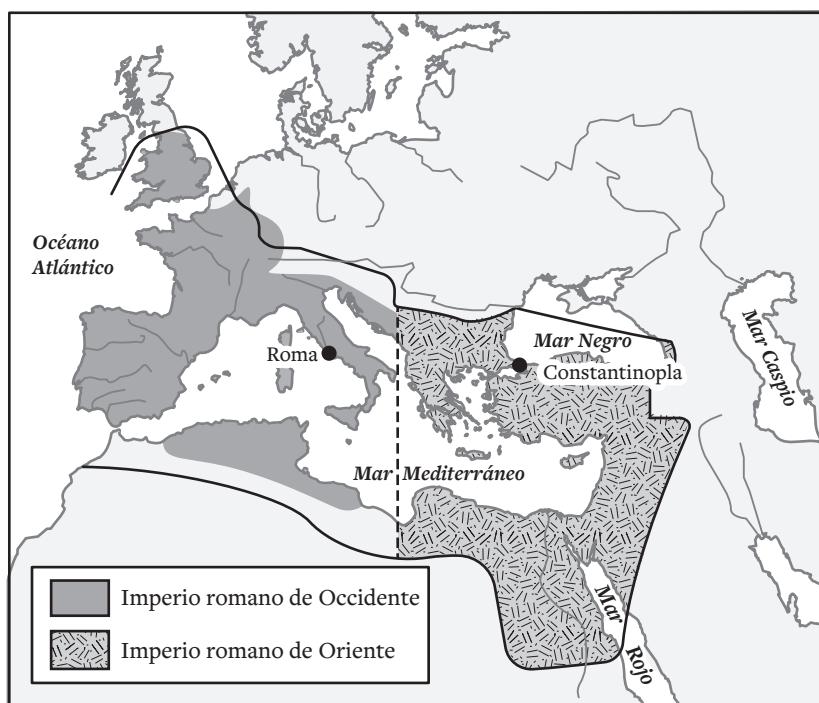
LA PRIMERA INVASIÓN ISLÁMICA

Porque no puede conocer lo futuro el que ignora lo pasado. Pues si no
conozco de qué árbol es la semilla, no puedo saber qué árbol tiene
que venir de ella.

SAN ISIDORO DE SEVILLA

¿Quién puede imaginar hoy en Europa que las libertades de las que gozaba una mujer en la ciudad de Milán en el año 380 eran las mismas que disfrutaba una mujer en la ciudad de Tagaste, ubicada en la actual Argelia? ¿Quién podría imaginar que, en el año 380, la vida cotidiana de una mujer en una y otra orilla del Mediterráneo era prácticamente idéntica? ¿Quién imaginaría hoy que la cultura, la lengua, la religión y las costumbres que imperaron en Alejandría hasta noviembre de 641 eran las mismas que imperaban en Atenas?

La inmensa mayoría de la población de Occidente desconoce que los actuales Estados de Irak, Siria, Palestina, Turquía, Egipto, Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania fueron provincias romanas y que en los territorios que hoy conforman esos países reinaba la cultura grecorromana, se hablaba griego o latín —y alguna lengua local, como el copto en Egipto—, regía el derecho romano y se estudiaba la filosofía griega de Platón y Aristóteles. Las mujeres lucían libremente sus rostros y los hombres se reunían en las tabernas para tomar vino para festejar, si estaban alegres, o para ahogar sus penas, si estaban tristes. Pero, sobre todo, la mayoría de los occidentales han olvidado que la población que habita-



Tras la muerte del emperador Teodosio I el Grande, en el año 395, el Imperio romano se dividió en dos: el Imperio de Occidente, cuya capital era Roma, y el Imperio de Oriente, con capital en Constantinopla.

ba esos territorios era profundamente cristiana y que, étnicamente, nada tenía que ver con los árabes, que no eran más que un conjunto de tribus nómadas que deambulaban por la península arábiga sin demasiado contacto con el mundo grecorromano, salvo el que producía el escaso comercio que había entre esas dos culturas antagónicas.

En Occidente, pocos saben que la mayor concentración de cristianos estaba en esos países que hoy hablan árabe o turco, y no en Italia, Francia o España. De hecho, fue en los actuales Estados de Irak, Siria, Israel, Turquía, Egipto, Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania donde nacieron los

primeros santos del cristianismo y los llamados «Padres de la Iglesia», como Policarpo de Esmirna (70-155), mártir de la Iglesia primitiva, discípulo del apóstol Juan y obispo de la ciudad de Esmirna, rebautizada por los turcos como Izmir; san Ignacio de Antioquía (30-107), que escuchó predicar al apóstol Juan y fue el tercer obispo de la ciudad de Antioquía, rebautizada por los turcos como Antakya; san Justino Mártir (100/114-162/168), que nació en la ciudad palestina de Nablus, situada a unos cuarenta y nueve kilómetros al norte de Jerusalén y fundada en el año 72 por el emperador romano Tito Flavio Vespasiano, quien la nombró Flavia Neapolis; san Atanasio (296-373), que nació en Egipto, más precisamente en la ciudad de Alejandría, que era el faro intelectual del mundo grecorromano; san Basilio el Grande (330-379), que nació en Cesarea de Capadocia (*Caesarea Cappadocia*), que, después de la batalla de Manzikert (1071), en la que el Imperio romano de Oriente fue aplastado por los turcos selyúcidas, fue rebautizada como Kayseri; san Cirilo de Jerusalén (313-386), que nació en Cesarea Marítima, llamada hoy Cesarea (suburbio costero entre Haifa y Tel Aviv); san Arcadio de Mauritania (284-302), que nació en la provincia romana de Mauretania Caesariensis, rebautizada tras la conquista árabe como Cherchell, o san Agustín de Hipona (354-430), quien, al igual que su madre, santa Mónica (331-387), nació en la actual Argelia, en la ciudad de Tagaste, llamada Souk Ahras después de que los musulmanes la conquistaran.

LA CONQUISTA DEL MUNDO GRECORROMANO

Si tiene razón Sören Kierkegaard cuando afirma que «la vida hay que vivirla hacia adelante, pero solo puede comprenderse hacia atrás», para intuir el futuro de Europa es necesario

realizar una breve reseña histórica de la invasión árabe-musulmana que aniquiló la civilización grecorromana-cristiana que se extendía desde los ríos Éufrates y Tigris hasta el estrecho de Gibraltar, cambiando para siempre la fisonomía de ese territorio.

Hasta el año 633, los árabes, sumidos en la más absoluta pobreza, habitaban únicamente la península de Arabia, un inmenso desierto de rocas y arenas de cerca de 2.600.000 kilómetros cuadrados. Allí llevaban una vida austera, cuidando sus rebaños de cabras y camellos, o dedicados al comercio —yendo de oasis en oasis— y al asalto de caravanas rivales. En la península arábiga había pequeñas aldeas, pero tan solo dos ciudades, La Meca y Yatrib (hoy, Medina), que vivían del cultivo rudimentario de los campos vecinos.

Los árabes eran un pueblo conformado mayoritariamente por vigorosos guerreros nómadas, analfabetos y completamente desorganizados. Fue Mahoma el que consiguió —mediante la creación de una nueva religión y el uso de la fuerza para expandirla— lo que jamás nadie había soñado: la unidad de las tribus árabes, que durante siglos habían guerreado entre sí sin lograr constituir nunca un centro de poder relevante.

Tras la muerte del profeta (8 de junio de 632), uno de sus suegros, Abu Bakr, padre de Aisha, fue proclamado califa —es decir, vicario del profeta— y anunció que sería gobernante político y religioso de la península arábiga en nombre de Mahoma. Conviene destacar que ser califa significaba ser al mismo tiempo papa, emperador y comandante supremo del ejército de los creyentes; es decir, era el jefe religioso, político y militar. Abu Bakr, de muy avanzada edad, gobernó durante poco tiempo —antes de que lo sorprendiera la muerte en el año 634—, aunque fue suficiente para preparar la expansión del islam en el Imperio romano de Oriente y el Imperio persa.

A comienzos del año 633, el viejo califa Abu Bakr ordenó a Jaled Ibn al-Walid (592–642) que avanzase sobre Irak.

En marzo de ese año, Jaled, que se había ganado el sobrenombre de «la Espada de Alá» por sus combates victoriosos sobre las tribus árabes que se habían rebelado tras la muerte de Mahoma, ya estaba en territorio iraquí al frente de dieciocho mil hombres que ocuparon la ciudad de Uballa, importante plaza comercial y centro de caravanas, tras destruir a tres ejércitos persas:

La población campesina comenzó a pagar el impuesto personal y diariamente partían hacia Medina caravanas con bienes obtenidos en el botín y las contribuciones¹.

Sin embargo, Jaled estaba preocupado, porque el material humano persa parecía inagotable —después de cada batalla, rápidamente llegaban nuevos refuerzos—, por lo que pensó que la victoria solo podía pasar por la destrucción total del enemigo. En mayo de 633, en la batalla de Ullais, Jaled puso a prueba su nueva idea y, en el momento culminante de la batalla, cuando la victoria parecía escapársele de las manos, hizo una promesa que pasaría a la historia y que, curiosamente, aún figura en los manuales de historia que los jóvenes leen hoy en todos los colegios del mundo islámico: «¡Oh, Señor! Si nos regalas esta victoria, yo me ocuparé de que este lecho de río se llene con la sangre de tus enemigos»².

Como relata Abu Ya'far Muhammad ibn Jarir al-Tabari, el gran historiador persa y exégeta del Corán³, el lecho de río al que se refería Jaled era un canal seco, situado en la parte alta del Éufrates, que se encontraba cerrado por un dique. Cuando los persas retrocedieron, Jaled envió a su caballería a perseguirlos: «¡Traédmelos vivos! —gritó—. ¡No matéis a ninguno!»⁴.

Todos los prisioneros persas fueron llevados al canal y degollados. Sin embargo —como señala al-Tabari—, des-

pués de tres días ininterrumpidos de ejecuciones, el canal no se había transformado en río. Entonces, Jaled se reunió «con la plana mayor del ejército frente a la atroz fosa común. Se habían matado a setenta mil persas, pero la sangre solo formaba charcos coagulados debajo de los cadáveres. No fluía nada. Los jeques sacudían sus cabezas»⁵. Al final concluyeron que «la sangre se rezuma en la arena. Y si matas a todas las personas del mundo, el canal nunca se convertirá en un verdadero río»⁶. Preocupado, Jaled miró a sus hombres y preguntó: «¿Y mi promesa?»⁷. Después de un largo silencio, el jeque Kakaa encontró la solución: «Debemos abrir el dique que separa el canal del Éufrates», y de esta manera, como describe al-Tabari, «finalmente corrió un río rojo»⁸.

Al respecto, el historiador Rolf Palm, a partir de la lectura de distintos cronistas, comenta:

Debajo del canal dicen que había un molino, donde se molía harina para los panaderos del ejército de los sarracenos. Dicen que durante tres días las ruedas del molino giraban bajo agua color sangre. La espada de Alá había cumplido su promesa⁹.

Tras la muerte de Abu Bakr en 634, subió al poder el gran caudillo militar Omar, que gobernó como segundo califa durante once años. A partir de entonces, la expansión del imperialismo mahometano fue vertiginosa. El mismo Jaled Ibn al-Walid, «la Espada de Alá», conquistó Damasco el 19 de septiembre de 634 tras un asedio de treinta días, mientras que Jerusalén, después de seis meses de durísimo cerco, cayó en manos de los musulmanes en abril de 637. Agotada toda capacidad de resistencia, el patriarca Sofro-

nio no tuvo más remedio que capitular y entregar la Ciudad Santa al mismísimo califa Omar, comandante en jefe del ejército de los creyentes musulmanes.

A finales de 639, Omar ordenó que los guerreros árabes se lanzaran sobre Egipto, que había sido la primera región del norte de África en convertirse al cristianismo, aproximadamente treinta y tres años después de la muerte de Jesucristo. Según la tradición, fue san Marcos (Marcos el Evangelista), natural de Cirene (actual territorio de Libia), uno de los principales protagonistas de la profunda cristianización de Egipto.

Cuando se produjo la invasión árabe-musulmana, Egipto era el granero del Imperio romano de Oriente y una de las regiones más ricas y florecientes del mundo. Desde el siglo v y hasta principios del siglo vii, la región había disfrutado de un largo periodo de paz, lo que le había permitido desarrollar un poderoso comercio y una intensa vida intelectual. La ciudad más importante de Egipto era la legendaria Alejandría, enclave fundamental en el Mediterráneo por su rica actividad cultural y comercial. Podría decirse —sin temor a exagerar— que no había ciudad en el mundo comparable a la mítica Alejandría, una verdadera megalópolis en la que, antes de la conquista mahometana, las mujeres gozaban de una total libertad y en cuyas calles se paseaban los más grandes filósofos, astrónomos y matemáticos del mundo.

Tras la conquista, Alejandría nunca recuperó su brillo. La ciudad resistió heroicamente el asedio árabe durante dos años, pero, agotadas sus fuerzas, en noviembre de 641 finalmente se rindió. El general Amr Ibn al-Aas, conquistador de Egipto, no sabía cómo describir las riquezas de Alejandría, pues sus ojos nunca habían visto nada igual. Había

calles de treinta metros de ancho, un mercado donde se concentraba el comercio mundial y al que llegaban los productos de la India, de China y de África, y, por si fuera poco, la ciudad contaba con «doce mil lugares de placer»¹⁰, tal y como destacó el general del ejército mahometano en un parte que envió a Medina, la capital del califato.

Más interesado en el placer que en el saber, el ejército árabe invasor procedió a quemar la famosa biblioteca de Alejandría. De hecho, fueron los propios historiadores árabes los primeros que describieron con detalle el incendio del edificio, entre ellos el sabio Abu-l-Hasan Ali Yusuf Ibn al-Qifti (1172-1248), originario de la pequeña población de al-Qift, la antigua Coptos, al norte de Luxor, en el Alto Egipto. Lo hizo en su principal obra, *Ijbar ul-Ulamá (Información de los sabios)*, y pese a algunos errores históricos importantes, es difícil dudar de su honestidad intelectual y de la seriedad de su trabajo. El caso es que todos los historiadores musulmanes primigenios reconocen que la biblioteca de Alejandría era esplendorosa y que los árabes decidieron que ese templo del saber —que concentraba toda la cultura grecorromana-cristiana— debía ser devorado por las llamas.

Con el paso del tiempo, y cuando el mundo árabe adquirió una nueva sensibilidad en lo que a cultura se refiere, numerosos historiadores musulmanes intentaron borrar las huellas y las pruebas del incendio de la más grande biblioteca que el mundo había conocido hasta entonces, una labor en la que participaron no pocos intelectuales occidentales —siempre indulgentes a la hora de juzgar la conquista árabe del norte de África e implacables cuando se trata de valorar la conquista española de América—, como Eusèbe Renaudot (1646-1720), Edward Gibbon (1737-1794), Gustav Le Bon

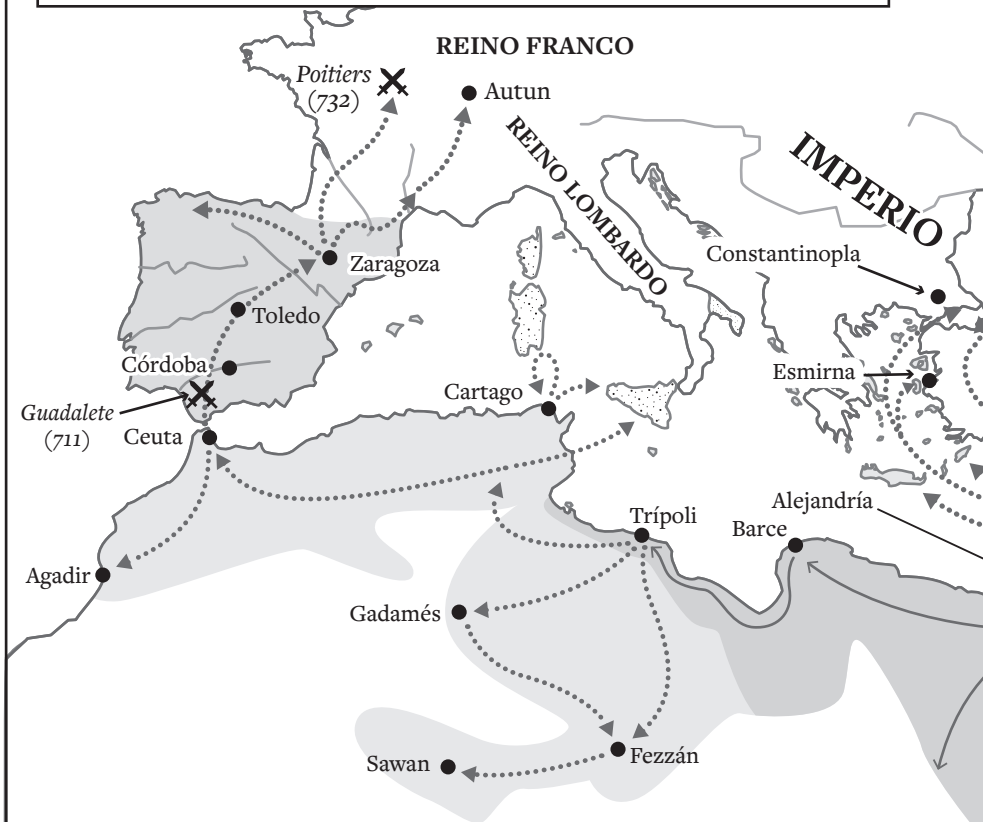
(1841-1931), Alfred Joshua Butler (1850-1936) o Hipólito Escolar Sobrino (1919-2009). A día de hoy, corren ríos de dinero desde Arabia Saudita para financiar cualquier investigación —y publicación— que tienda a afirmar lo que algunos investigadores e historiadores a sueldo —tanto en Occidente como en Oriente— han dado en llamar «el mito» de la quema de la biblioteca alejandrina por los árabes musulmanes.

En el año 642, el ejército árabe conquistó Libia, donde la población romano-bereber fue islamizada y el árabe se impuso como lengua, desplazando a la antigua lengua neolatina de Tripolitania y eliminando el griego que se hablaba en Cirenaica.

El califa Omar murió apuñalado el 3 de noviembre de 644. El tercer califa, el viejo Osmán, sufrió la misma suerte el 17 de junio de 656, y, finalmente, Alí —primo y yerno del profeta— tomó el poder. Sin embargo, el gobernador de Siria se rebeló contra su autoridad e impuso en el trono a la dinastía de los Omeya. Estos, pese a las sangrientas querellas intestinas, extendieron el «Estado de Alá» a Asia Menor, Chipre y Rodas:

Abd Almalek y su sanguinario general Hadjadi atacaron con éxito Bizancio y Armenia. Okba se adueñó del África septentrional y exterminó la civilización latina. Cartago padeció más que en tiempo de los romanos, y los cristianos que la ocupaban fueron pasados en su totalidad por las armas. Los bereberes —descendientes de los antiguos númidas y mauritanos— se unieron estrechamente a los invasores, y los beduinos pusieron sus tribus de pillaje al servicio de la conquista islámica, y en toda la gran extensión del norte de África, en donde san Agustín había hecho ondear la bandera del Evangelio, reinó el Corán¹¹.

Invasión islámica de Europa en el siglo VIII



Algunas de las principales batallas libradas



A la muerte de Mahoma (632)



Conquistas de los primeros califas (632-661)



Conquistas de los Omeya (661-750)



Últimas conquistas (siglos VIII y IX)



La expansión musulmana en el mundo comenzó a partir de la muerte de Mahoma, en 632, con los primeros califas. La entrada en Europa occidental tuvo lugar por la península Ibérica, y cesó con la derrota en territorio franco, en Poitiers, en el año 732.

Uno tras otro, los territorios cristianos del África mediterránea —Túnez, Argelia, Marruecos, Mauritania— fueron conquistados por los guerreros mahometanos, de manera que, en todo el norte de África, donde los cristianos constituían la mayoría de la población, de esta religión no quedó ni el recuerdo.

En este sentido, y comentando la vertiginosa conquista árabe de Irak, Palestina, Siria, Egipto y todo el norte de África, el estudioso Charles Simond afirma:

Mahoma es el hombre suscitado por Dios (*rasoul Allah*). Sus tenientes le suceden y prosiguen la obra del islam, que trata de convertir al mundo entero. El cristianismo se funda en el martirio y el apostolado; el mahometanismo, en el éxito de las armas... y la victoria de la fe¹².

DESPUÉS DE LA CONQUISTA, LA OPRESIÓN

Si, como dijimos en la introducción, el gran Miguel de Cervantes Saavedra está en lo cierto y «la historia es testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir», hoy resulta imprescindible saber cuál fue la suerte de las poblaciones conquistadas por los árabes musulmanes en la cuenca del Mediterráneo.

Los historiadores progresistas —como Michael Sells o Gerald Messadié— han instaurado como una verdad absoluta la idea de que, cuando los musulmanes conquistaban un territorio, establecían un régimen de total tolerancia hacia los cristianos, que constituían la mayoría de la población. Estos historiadores afirman —ocultando lo que en realidad aconteció— que los nuevos gobernantes musulmanes esta-

blecieron un sistema político basado en el respeto, porque el Corán dice que «no hay que forzar en religión». Lo que olvidan —o, por lo menos, no aclaran— es que los principios mequíes (los expuestos por Mahoma durante su predicación en la Meca) de tolerancia que se encuentran en algunos versículos del Corán quedan abolidos por los principios expuestos posteriormente por Mahoma en la ciudad de Medina.

En este sentido, Jacques Jomier sostiene que la recurrente referencia a la sura 2, versículo 256, del Corán, que dice que «no hay que forzar en religión», tan usada sofisticadamente por muchos musulmanes en las discusiones con miembros de otras religiones para hacer aparecer al islam como una religión tolerante, «queda abrogado por la sura 9, versículos 73/74, del mismo Corán, que prescribe claramente: “Combate a los infieles y a los hipócritas, y sé duro con ellos”»¹³.

De modo parecido se expresa el prestigioso arabista español Juan Vernet, quien afirma que, después de la conquista y ocupación de la ciudad judía de Jaybar y la consecuente sumisión de los hebreos de Wadi-l-Qura, el principio mequí que señala que en religión «no hay que forzar» quedó abolido por el principio, establecido en Medina, que afirma lo contrario:

¡Combatid a quienes no creen en Dios ni en el último Día ni prohíben lo que Dios y su Enviado prohíben, a quienes no practican la religión de la verdad entre aquellos a quienes fue dado el Libro! (los judíos y los cristianos). Combatidlos hasta que paguen la capacitación personalmente y ellos estén humillados¹⁴.

Así pues, en Medina quedaron consagrados tanto el deber de combatir a los infieles como el principio que llamaremos «tolerancia tutelar», es decir, que el musulmán deberá

ser tolerante con los infieles en los territorios islámicos siempre y cuando «el otro» —ya sea cristiano o judío— admita que tiene que estar «protegido» y que, por tanto, habrá de pagar por esa protección.

Lo que históricamente aconteció fue que los cristianos tuvieron que aceptar ser ciudadanos de segunda clase y pagar los impuestos con su trabajo (la «capacitación», en términos del Corán) necesarios para que los musulmanes —que estaban exentos de tributar— pudiesen dedicarse a guerrear para expandir el islam. Así lo entendieron los primeros califas e, históricamente, fue lo que sucedió. Es lo que señala el prestigioso islamólogo William Watt Montgomery en su *Historia de la España islámica*, donde afirma que «originariamente, todos los árabes musulmanes estaban sujetos al servicio militar y recibían estipendios del Estado. Constituían una casta militar superior»¹⁵. Asimismo, Montgomery destaca que «los ciudadanos de pleno derecho, o musulmanes, recibían un salario del erario público y se hallaban en condiciones de consagrarse casi plenamente a guerrear»¹⁶. Es decir, con el dinero que les proporcionaban las poblaciones cristianas y judías sometidas, los musulmanes podían dedicarse a conquistar más poblaciones y territorios cristianos. A esta forma de extorsión, que proporciona los recursos suficientes para continuar con los planes de conquista y dominación de los miembros de una familia religiosa, algunos autores, como Gerald Messadié, la han llamado «la gran tolerancia islámica»¹⁷, cuando, a nuestro entender, esta forma de «protección» compulsiva se asemeja a la que ofrece la mafia siciliana.

En los primeros tiempos de la conquista, en las grandes ciudades de Siria, Egipto o Palestina —Damasco, Alejandría o Jerusalén—, los mahometanos solo fueron tolerantes

con los cristianos «colaboracionistas», es decir, con aquellos que, por sus conocimientos, eran indispensables para administrar el nuevo «imperio», una labor para la cual, evidentemente, los musulmanes aún no estaban preparados. Los toleraban porque, utilizando términos modernos, les resultaban «funcionales» y no porque hicieran gala de «amplitud mental».

Como es lógico, fueron muchos los cristianos que, actuando coherentemente con la fe que profesaban, se negaron a colaborar con el invasor y emprendieron el camino del exilio permanente. Al respecto, el historiador Henri Pirenne relata:

Roma, sobre todo, acogió gran cantidad de sirios (sabios y artistas) durante las primeras décadas que siguieron a la conquista de su país por los árabes. Y su influencia y su número debieron de ser considerables, pues varios de ellos, como Sergio I (678-701) y Constantino I (708-715), fueron elevados al Papado. Desde Roma, cierto número de estos refugiados, cuyo conocimiento de la lengua griega les aseguraba un gran prestigio, se expandieron pronto hacia el norte, llevando consigo manuscritos, marfiles y objetos de orfebrería de los que se habían provisto al abandonar su patria¹⁸.

En el campo, la suerte que corrieron los cristianos en Irak, Siria, Palestina y Egipto fue bien diferente de la de los «colaboracionistas». Por ejemplo, los campesinos cristianos coptos —los descendientes de la milenaria cultura egipcia—, tras la conquista mahometana de su país, sufrieron una cruel explotación por parte de sus amos musulmanes. Así lo describe el historiador francés Léon Poliakov:

Si bien en las ciudades la condición de los cristianos tardó en deteriorarse completamente, en el campo se agravó desde comienzos de la conquista. En particular, los antiguos graneros de cereales situados en el valle del Nilo eran duramente explotados por los amos musulmanes. La primera revolución burguesa de la historia, resultado del choque y la mezcla entre conquistadores nómadas y una vieja civilización sedentaria, estuvo marcada por la deserción masiva del campo, por la ruina de cultivos milenarios. Ya los Omeya habían recurrido a medidas draconianas para evitar la fuga y los vagabundeos de los campesinos desesperados¹⁹.

Además, como en la tiranía comunista, «fueron prohibidos los desplazamientos entre distritos» y, como en la Alemania nazi, se establecieron «ciertos métodos de marca de los *fellahs* [campesinos] cristianos, generalmente una marca en la mano, que fueron instituidos con el fin de controlarlos, así como pasaportes obligatorios para los viajeros. A los contraventores se les cortaba una mano; también solían imponerse multas colectivas a los villorrios despoblados»²⁰.

El francés Georges Tate describe cuál era la situación en el periodo comprendido entre 641 y 1250, un tiempo marcado

[...] por exigencias fiscales crecientes del califato de Damasco y luego del de Bagdad hacia los coptos [...]. El país estaba gobernado por prefectos que respondían directamente a las órdenes de los califas y su función se reducía a oprimir a Egipto imponiéndole pagos y exacciones cada vez más gravosos²¹.

En efecto, los cristianos coptos pagaron muy cara la conquista de Egipto por los árabes y, en muchas ocasiones, trataron de sublevarse:

Los coptos se amotinaban y ensayaban revoluciones con frecuencia. Contamos no menos de seis, solo en el transcurso del siglo VIII. La última de ellas, que fue, asimismo, la más importante, se produjo en el año 830. La sublevación alcanzó tal magnitud que el califa Al-Mamoun debió llegar en persona a Egipto para aplastarla²².

Pero los cristianos no solo fueron oprimidos económicamente.

Por su parte, un solapado pero estricto control pesaba sobre la Iglesia católica copta: la elección de sus patriarcas se encontraba sujeta a la aprobación del prefecto, quien nunca se privaba de imponer a su propio candidato. Pero más que el control de las autoridades, la Iglesia copta egipcia sufría las persecuciones y amenazas constantes a las que se veía sometida por parte de los musulmanes. Encarcelados u obligados a huir, los patriarcas que intentaban rebelarse ante la persecución terminaban por someterse, no sin antes sufrir la confiscación de objetos sacros y preciosos. A este tipo de extorsiones y persecuciones se debe sumar la permanente destrucción de iglesias, frecuentemente bajo el pretexto de que se encontraban en deficiente estado de conservación, a la vez que la construcción de nuevos templos y las reparaciones que era necesario realizar para el mantenimiento de los ya existentes, que debían ser aprobadas forzosamente por las autoridades, que, por supuesto, tardaban muchísimo en aprobar alguna. Durante el reinado del califa Al-Hakim (966-1021), estas autorizaciones y demoras tomaron las formas de verdaderas persecuciones por causas religiosas. El periodo de mayor opresión duró nueve años. Entre 1012 y 1014, Al-Hakim, ordenó la destrucción de miles de iglesias y conventos, sin contar las ingentes confiscaciones de bienes y objetos de valor²³.